LA SOCIEDAD ARTÍSTICA DE LOS CONCIERTOS COLONNE EN BILBAO

Parecía la invicta villa, durante la estancia de la Sociedad cuyo título encabeza estas líneas, algo así como un Bayreuth bizcaino, que, en efecto, al igual que en la Meca wagneriana, de todas partes se veían *amateurs* del divino arte, que acudían para asistir á las solemnidades musicales que en el teatro de Arriaga han tenido lugar los días 10, 11, 13 y 14 del mes actual, rindiendo así culto á sus aficiones, con la ventaja de verificarlo exentos de todo exclusivismo, nocivo y malsano ambiente, en el que el arte puro se ahoga y empequeñece, pues requiere campos sin horizontes, libertad omnímoda y absoluta, nada de doctrinarismos y prejuicios que á la larga le aprisionan y matan.

En reducido círculo de aficionados á la buena música, socios de la «Sociedad Filarmónica», entidad parecida á la que hasta hace poco fué «Bellas Artes» en esta ciudad, y hoy es «Sociedad Bascongada de Amigos del País», surgió la idea de llevar á Bilbao la orquesta que dirige el maestro Colonne, y á pesar de ser bilbainos, atemorizó la empresa, por su magnitud, se creyeron insuperables las dificultades pecuniarias, y ya iba á ser condenada á reclusión temporal é ilimitada, en el archivo de los buenos pensamientos, cuya realización se conceptúa imposible de momento, cuando sobreponiéndose á tales temores se decidió practicar un tanteo abriendo una suscripción para ver de cubrir la cifra necesaria; y asi se hizo, y encabezada con la, no en verdad exigua, cantidad de 12.000 pesetas, hubo de cerrarse á los tres días por contar, en tan corto plazo, con el capital preciso, siendo este hecho tan expresivo como elocuente, y relevándonos por ello, de todo comentario. Y si se dijera que como hay tanto dinero en Bilbao, fácil,

obvio y de prever era el resultado, reconózcase, por ser de justicia, una gran dósis de buena voluntad, y hasta de valor, unidos á un gusto artístico-musical de primer orden, que bien merecen elogios y encomios, constituyendo página honrosísima para los bilbainos.

Y dejándonos ya de hacer historia, hemos de notar que contra todos los augurios y profecías, los concurrentes á los conciertos han ido en *crescendo* y se observó que si en el primer concierto quedaron algunas localidades sin vender, en el segundo fueron estas contadas, en el tercero no sobró una sola, y en el cuarto, muchos se quedaron en la calle, y téngase presente que en el teatro de Arriaga cabrían holgadamente una media docena de Principales. El interés, por tanto, ha sido creciente, el número de creyentes, de concierto en concierto mayor, finalidad que habla muy alto en pró de las aficiones musicales que existen en Bilbao.

*

La orquesta de la «Sociedad Artística de los conciertos Colonne», está formada por 83 profesores, entre los que impera la disciplina más absoluta, hasta el punto de que pudiera decirse que su organización es militar, y solo así se comprende que sea y valga lo que vale y es.

La simpática figura del maestro Colonne se destaca y revela como el alma, la esencia, la vida, el todo: él hace lo que quiere de los 83 ejecutantes; les trasmite energías y alientos, les hace decir con los instrumentos lo que quiere que digan, les hace tocar como él quiere que toquen, y esto lo consigue con una mirada, con un ademán, sin desplantes, sin dedicarse á ejercicios gimnásticos ó acrobáticos, sin echar el quilo, ó parecer volverse loco, cosas estupendas y de mal gusto, á las que tan acostumbrados nos tienen algunos directores de orquestas en España.

Con ver dirigir á Colonne una obra en un concierto, el juicio que de él se forma es completo; pero sube de punto cuando se le vé ensayando, porque entonces puede apreciarse en todo su valor su gran mérito, lo musicazo que es, su privilegiado oido, cómo resuelve todas las dificultades, cómo guía y conduce sin tropiezo en una frase escabrosa, de qué manera aclara lo oscuro, iluminándolo todo con sus excepcionales dotes. De solistas trajo Colonne á Ehibanal, violín concertino, que aun no ha cumplido veinte años, de mecanismo y tono imponderables, con un corazón que no le cabe en el pecho; á Baretti, violoncellista que toca *horrores,* (frase predilecta de un bilbaino); á

Cantié, flautista notable; á Gaudard, oboe de primísimo cartello; á Suiron, fagot que obtienen sonidos siempre pastosos y redondos; á Guyot, clarinetista admirable y á Demarquette, que toca el timbal de lo mejor que se puede imaginar.

Una nota encontramos en la orquesta; nos referimos al metal, estridente, rasgado, y que nos producía, digámoslo en rigor de la verdad, mal efecto, sobre todo en las obras de Beethoven, mal efecto, que se atenuaba en las de Berlioz y Wagner, en razon á las sonoridades orquestales, que estos dos autores hacen brotar de sus composiciones. Por lo demás, y salvando lo indicado, nada puede decirse, sin ser injusto de toda injusticia.

*

En los cuatro conciertos se ejecutaron obras de Bach, Beethoven, Berlioz, Bizet, D'Indy, Frank, Grieg, Lalo, Listz, Massenet, Mendelssohn, Saint-Saëns, Wagner y Weber, autores que enumeramos siguiendo orden alfabético riguroso, debiendo hacer esta aclaración, por si alguien pensara que nuestra humilde opinión es la establecida con respecto al mérito mayor ó menor ó de unos autores sobre los otros.

De *Bach* fué interpretada la «Suite», en *si menor;* de *Beethoven* la 5.ª sinfonía, en *do menor;* la overtura de Leonora,—n.º 3—y la 4.ª sinfonía, en *si bemol;* de *Berlioz* «Danza de los silfos» y «Marcha húngara», fragmentos de la «Damnatión de Faust» y la Sinfonía fantástica; de *Bizet,* la overtura «Patrie» y la «Suite de L'Arlesienne»; de *D'Indy* un «Lied maritime»; de *Frank,* el poema sinfónico «El cazador maldito»; de *Grieg,* «Última Primavera»; de *Lalo,* las overtura «Le Roy d'Is»; de *Lislz,* la 2.ª «Rapsodia Húngara»; de *Massenet* «El último sueño de la Virgen»; de *Mendelssohn,* dos de sus Romanzas, sin palabras «Chanson de Printemps» y «La Fileuse»; de *Saint-Saëns,* el «Preludio del Diluvio», la «Introducción y Rondó caprichioso» y la «Danza Macabra»; de *Wagner,* el Intermesso del 3.er acto de «Los Maestros Cantores», el Preludio de «Lohengrin», el de Parsifal», el Preludio y final de «Tristan é Isolda», las overturas de «'Tanhauser» y de «El Buque fantasma», «Los murmullos de al selva», «La cabalgata de las Walkirias» y la marcha fúnebre de «El crepúsculo de los Dioses» y por último de *Weber* la overtura del Freischütz. La sola enunciación de los autores y de las obras hace comprender, sin gran esfuerzo, la importancia que en la esfera del Divino Arte, han tenido los conciertos. A Beethoven se rindió merecido tri-

buto de admiración, repitiendo en el último concierto la 5.ª sinfonía, que había sido ejecutada en el primero. A Wagner asimismo se le reservó preferente lugar, ofreciéndonos lo más escogido de sus concepciones.

En cuanto á la interpretación de las obras enumeradas, excepción de las de Beethoven, nos pareció que las de los maestros franceses obtuvieron una más acertada, acabada y entusiasta ejecución, pero estímese este juicio dentro de su verdadera significación, esto es, sin exagerarle, pues admirable fué siempre la labor del Director y de los ejecutantes en todas y cada una de las obras.

*

Pesadísimos nos haríamos, mucho más, de lo que hasta ahora hayamos podido ser, si, una por una, fuéramos á analizar las obras, que hemos catalogado, y declaramos que nos vemos perplejos para escoger aquellas de las que no un análisis, pero sí una noticia quisiéramos dar; y nuestra perplejidad proviene de que al recorrer los programas, al ir recordando, tanta y tanta gratísima impresión como nos causaron, tanto y tanto deleite como experimentamos, las emociones múltiples, los entusiasmos de que nos sentimos poseidos, nos parece tamaña ingratitud dejar á un lado cualquiera de ellas. Pero es forzoso hacerlo, y con la manifestación precedente parécenos que lavamos nuestra culpa, que se nos puede tachar de menos ingratos, y merced á ella, podemos empezar por exigir tal primacía el rango del autor con las sinfonías 5.ª y 4.ª (orden de los conciertos) de Beethoven.

Hemos dicho que dos veces fué interpretada la 5.ª sinfonía: en el primer concierto y en el último. En ambas produjo en el auditorio entusiasmo loco, delirante, porque con la interpretación justa, sin exageraciones, con la exquisita afinación y dicción de la cuerda y de la madera, resplandece lo maravilloso de la composición, que cuanto más se oye, más bellezas se descubren, cuanto más se conoce, más novedades se echan de ver.

El primer tiempo semeja como que detiene á una inspiración vehemente y avasalladora, la prosa de la vida, el algo maldito, que siempre detiene al genio en su carrera. En el segundo tiempo parece que cansado de la lucha se lamenta y duele de los obstáculos que encuentra en su camino, de las heridas que al vencerlos se ha causado. En el tercer tiempo principia como á recobrar ánimo, levanta la cabeza, antes humillada por la pesadumbre. se apresta á la pelea, echa de

nuevo á andar, lucha á brazo partido y vence al fin, entonando grandioso himno á la victoria que corona sus esfuerzos, formándose así el cuarto y último tiempo.

Imposible nos es dar idea siquiera de las sonoridades que obtiene Beethoven, valiéndose de acordes corrientes, vulgares, si se quiere, con su inimitable manera, que hace que permanezca el auditorio tranquilo y sosegado, y no en vilo é inquieto y temeroso de lo que va á oir, de lo que le prepara el compositor, como sucede en muchos casos, por forzar la máquina, por creer que produce efecto, que hieran constantemente el oido acordes disonantes ó desusados, y de aquí que resulte innecesaria para las obras de Beethoven la preparación, ó que haya de decirse previamente qué es lo que acontece ó pasa, es decir, el argumento indispensable en ciertos autores, porque caso contrario se queda el oyente á oscuras y anonadado, víctima de extravagancias censurables. Esto sucede con los músicos que llamaremos modernistas, que todo lo confían, faltos de inspiración, todo lo esperan de la mecánica, ya que la concepción musical no nace ni se desarrolla plácida, tranquila, lógica, acabada, desideratum que es privilegio del genio.

La 4.ª sinfonía en *si bemol* del mismo autor, de Beethoven, es todo filigrana, la alegría preside y resplandece en los tiempos en que está dividida, y como dice Berlioz al analizar el adagio: «.....parece inspirado por el arcangel San Miguel contemplando el mundo desde los umbrales del Empíreo». Todos los tiempos de esta sinfonía son hermosos, y en especial el último seduce por su frescura y gracia.

La overtura de Leonora (n.º 3), también del maestro de Bonn, conocida de todos los públicos, es una obra que gusta más cúanto más se oye, y mereció de Colonne y de su orquesta una delicada y perfecta interpretación, que realzó las bellezas que atesora.

De Bach sólo se ejecutó una «Suite» en *si menor,* composición magistralmente hecha, como todas las obras de este autor sorprendente, al que una inmensa mayoría desconocen. Tiene la «Suite» sabor basco, los cantos del país parece que se entreven, y el público, que así lo comprendió, aplaudió sus tres números con calor y entusiasmo.

La «Sinfonía fantástica», de Berlioz, autor que se abre camino de día en día, es de una belleza suprema, de grandísima originalidad, que no llega á ser excesiva, habiendo encontrado, para nuestro gusto,

de entre los cinco números, el tercero. «Escena de los campos», de una intensidad y colorido tan extraordinarianiente bellos, que no nos parece exagerado calificarle de perfecto. El quinto número «Sueños de una noche de Aquelarre», toma vuelos nunca pensados, y su nota fantástico descriptiva se desarrolla felicísimamente.

De Wagner numerosas obras, trozos y fragmentos fueron ejecutaclos, como dejamos dicho al mencionar autores y obras.

«Los murmullos de la selva», «La cabalgata de las Walkirias» y la overtura de «Tanhauser» nos parecieron los números mejor ejecutados.

Y al llegar á este autor, con toda ingenuidad hemos de confesar que nos asustaba, que le teníamos miedo cuando principiamos á conocer sus producciones dramático-musicales, habiendo esa impresión desaparecido cuando á la par que á Wagner, íbamos trabando conocimiento con Bach, con Beethoven y con Berlioz. Respetando opiniones contrarias, hemos venido á deducir que Wagner se empapó, se asimiló esas tres eminencias musicales, bebió de sus fuentes y produjo sus obras, que á tantos han sorbido el seso, que tantas discusiones suscitan, surgiendo por doquier amigos entusiastas ó enemigos encarnizados, los cuales pensamos que ó por desconocer á Bach, á Beethoven y á Berlioz ó por olvidarse de ese triunvirato imponente, ó se apasionan por Wagner, ó le motejan sin razón, cuando á este maestro, siempre respetable, se le debe tener en gran estima, mas no puede ser objeto de entusiasmos locos ni de acerbas críticas, debiéndosele colocar en preeminente lugar y alabar sus *buenas narices é instinto,* ya que supo aprovechar el tiempo y las circunstancias. Hoy, que felizmente se empieza á volver al buen camino, y se dan á conocer los clásicos, no es aventurado profetizar que, siguiendo así, pasarán una docena de años á lo sumo; pero se llegará á oir á Wagner sin escalofríos, sin asombros, se comprenderá que sus obras no solo son musicales, y que no puede apartarse de ellas sin grave detrimento para un juicio seguro, la parte literaria, el drama, la acción, el escenario, el atrezzo, etc., lo que equivaldría á pretender comprender el *todo,* no fijándose más que *en una parte* de ese todo. ¡Cosa frecuente es ver á muchos—y ya tienen que ver los tales—proclamar *coram populo,* las excelencias, sublimidades y preponderancia de la música wagneriana sobre la de cualquiera otro autor, desconociendo en absoluto las producciones de Haendel, Haydnn, Bach, Beethoven, Mo-

zart, Schubert—salvando el Ave-María,—«Mendelssohn, etc., etc., habiendo adquirido los conocimientos necesarios para juzgar de ese modo en «La Gran Vía», en «La Verbena de la Paloma» ó en «Agua, Azucarillos y Aguardiente», queriendo establecer con sus comparaciones primacías insostenibles y ridículas!..... mas, baste con lo dicho, que la digresión no ha sido breve, y creemos haber apurado la paciencia de los lectores, tocándonos, después de pedirles mil perdones, terminar este articulejo, que en demasía ha de parecer largo y pesado.

*

Para el arte musical de nuestra patria, y en especial para las Provincias Bascongadas, los conciertos dados por Colonne en Bilbao señalan un punto de partida, debiendo huir de la vulgaridad de pensar y lo que es más grave, de decir, que verbi gratia, con el maestro Zumpe, la orquesta de la sociedad de conciertos de Madrid, es superior—¡no igual!—es superior á la de Colonne, Lamourais, y demás orquestas europeas, entendiendo que nosotros los españoles, con un Director como el citado, nos ponemos por arte de birli-birloque, sobre todo lo conocido, encumbrándonos sin estudio, sin perseverancia, á la meta del saber. Reconozcamos, de buen grado, que contamos con músicos lectores de lo mejor, y reconozcamos de buen grado también que si los músicos españoles tuvieran los medios, ganaran las *pesetas,* digámoslo en castellano neto, como las ganan los franceses, los alemanes, los belgas, etc., podríamos ponernos á su altura, y aun si se quiere que confesemos que en igualdad de condiciones nos pondríamos por encima de ellos, lo confesaremos, porque así lo pensamos; pero para conseguirlo es preciso que haya públicos, públicos que prefieran los conciertos á las corridas de toros, públicos á los que parezca una enormidad que un Guerrita se embolse un par de millones por temporada, mientras hay tanto artista comiéndose los codos de pura necesidad, tanto maestro de escuela hambriento y tanto sabio despreciado y oscurecido.

Por eso decimos que los conciertos Colonne, parécenos que señalan un punto de partida en esta patria desgraciada, dominada por la fantasía y confiada á la casualidad, no á la inteligencia y al trabajo, al entrever así como un rayo luminoso, que indica sendas y caminos, ya trillados en otras naciones, y que á nosotros se nos presentan vírgenes de toda huella.

Sociedades que como la «Sociedad Filarmónica» en Bilbao y en esta ciudad la «Sociedad Bascongada de Amigos del País» (antes Bellas Artes) rinden culto á las artes bellas, y entre ellas á la música, dignas son de toda protección y de todo encomio; y sin reservas se las debe tributo de admiración y aplauso caluroso, tributo y aplauso que desde las páginas de la EUSKAL-ERRIA dirigimos á los señores Alaña, Gortazar, Arisqueta, Orueta, Zubiría y Lezama-Leguizamón iniciadores de la idea de llevar la orquesta que dirige el maestro Colonne á la invicta Bilbao.

Que Dios se lo premie.

M. ZUAZNAVAR.

San Sebastián, Mayo de 1899.

TOLOSA-RI

(EUSKAL FUNZIYUAN KANTATUAK)

Euskera zabaldu nai
genduke aurrera,
argatik borondatez
gatoz gu onera,
ontzat artzen badute
gure etorrera,
urrena ere pozez
etorriko gera.

Erri an izandu da
beti chit noblia,
euskararen kabiya
parerik gabia,
kondaira ona dauka
lendikan gordia
¡Bizi bedi Tolosa
ta bere jendia!

Desiatzen diyotet
emen daudenai
oparotasunezko
gozoak ugari,
bidez egiten diyet
erregu denai
sayatzeko indartzen
euskal-izkerari.

JOSÉ ARTOLA.